

Pioneros

Willa Cather



Situada en una pequeña localidad de Nebraska a finales del siglo XIX, *Pioneros* relata una historia de inmigración y supervivencia cuya figura central es Alexandra, una joven valiente que, a la muerte de su padre, se hace cargo de la familia y que, con su tesón, inteligencia y trabajo, consigue sacar adelante sus tierras desafiando las convenciones sociales sobre el papel de la mujer. Los colonos de Willa Cather, entre los que ella misma vivió, son emigrantes procedentes de todos los rincones de Europa, familias que luchan contra la adversidad en una tierra salvaje y un clima extremado, en su mayoría artesanos que aprenden a cultivar la tierra fracasando una y otra vez. Aquí, como en otras novelas de la autora, son sobre todo las mujeres la fuerza vital e integradora que hace avanzar a toda la comunidad.

Gracias a su capacidad para expresar lo colectivo a través de lo individual, *Pioneros* constituye una evocación de un país en construcción, de una sociedad que, trabajosamente, va echando raíces.

NOTA AL TEXTO

Pioneros fue publicada originalmente por Houghton Mifflin, Boston, en 1913. En 1937 esta misma editorial publicó una edición revisada por la autora. La presente versión se basa en la edición de Vintage Classics (1992), que recoge las modificaciones introducidas en esta segunda edición.

*A la memoria de
Sarah Orne Jewett
en cuyo hermoso y delicado trabajo
está la perfección
que perdura*

¡Esos campos a los que cereales diversos dan color!

MICKIEWICZ

PRIMAVERA EN LA PRADERA

*La noche y la llanura,
fértil y sombría y siempre silenciosa;
kilómetros de tierra recién arada,
pesada y negra, llena de fuerza y dureza;
el trigo que crece, las malas hierbas,
los caballos esforzados, los hombres cansados;
las largas carreteras desiertas,
tristes llamaradas del ocaso, desvaneciéndose,
el cielo eterno, inmutable.
Frente a todo ello, Juventud,
refulgente como las rosas silvestres,
cantando como las alondras sobre los campos arados,
brillando como una estrella en el crepúsculo;
juventud con su insoportable dulzura,
su acuciante necesidad,
su intenso deseo,
cantando y cantando,
con los labios del silencio,
en el anochecer de la tierra.*

PRIMERA PARTE
LA TIERRA SALVAJE

I

Un día de enero de hace treinta años, la pequeña ciudad de Hanover, anclada en una meseta de Nebraska, intentaba que no se la llevara el viento. Una neblina de ligeros copos de nieve se arremolinaba en torno al puñado de edificios bajos y sin gracia que se amontonaban sobre la pradera gris bajo un cielo gris. Las viviendas se distribuían caprichosamente por el duro terreno de la pradera; algunas tenían aspecto de haber sido colocadas allí durante la noche, y otras parecían alejarse por sí solas, dirigiéndose directamente a las llanuras abiertas. Ninguna daba la sensación de permanencia y el viento ululaba y soplaba tanto por debajo como por encima de ellas. La calle principal era una carretera de profundas roderas, ahora congeladas, que discurría desde la estación de ferrocarril, roja y achaparrada, y el elevador de grano del extremo norte de la población, hasta el aserradero y el abrevadero para caballos del extremo sur. A ambos lados de esta carretera se extendían sin orden ni concierto dos hileras de edificios de madera; los almacenes de abastos, los dos bancos, la botica, la tienda de ultramarinos, la cantina y la estafeta de correos. Las aceras de tablas estaban grises por la nieve pisoteada, pero a las dos de la tarde, los tenderos, que habían vuelto ya de comer, se encontraban bien parapetados tras sus helados escaparates. Todos los niños estaban en la escuela y no había nadie en las calles, salvo unos cuantos campesinos de aspecto rudo, con gruesos abrigos y largas gorras que se calaban hasta la nariz. Algunos de ellos habían llevado a la mujer a la ciudad, y de vez en cuando un chal rojo o a cuadros apare-

cía fugazmente, pasando del abrigo de una tienda al de otra. Unos cuantos caballos, robustos, de labor, enganchados a carros, temblaban bajo las mantas, atados a los postes de la calle. En los alrededores de la estación todo estaba en silencio, pues no había de entrar ningún tren hasta la noche.

Frente a una de las tiendas, sentado en la acera, un niño sueco lloraba desconsoladamente. Tenía unos cinco años de edad. El abrigo negro que llevaba era demasiado grande y le hacía parecer un hombrecillo menudo. El traje de franela marrón se había encogido después de muchos lavados y dejaba al descubierto una amplia franja de calcetín entre el dobladillo y la parte superior de los burdos zapatos con puntera de cobre. La gorra le tapaba las orejas; tenía la nariz y los mofletes agrietados y rojos de frío. Lloraba en silencio, y las pocas personas que pasaban apresuradamente por su lado no le prestaban atención. El niño tenía miedo de parar a alguien, miedo de entrar en la tienda y pedir ayuda, así que seguía sentado, retorciéndose las largas mangas, alzando la vista hacia el poste de telégrafos que había junto a él, gimoteando: «¡Mi gatita, oh, mi gatita! ¡Se helará!». En lo alto del poste se acurrucaba una gatita gris y temblorosa, maullando débilmente y aferrándose desesperadamente a la madera con las uñas. Al niño lo había dejado en la tienda su hermana, mientras ella iba al consultorio del médico, y en su ausencia un perro había perseguido a su gatita hasta el poste. La pequeña criatura no había trepado nunca tan alto y estaba demasiado asustada para moverse. Su amo se había sumido en la desesperación. Era un niño pequeño del campo y aquel pueblo era para él un lugar muy extraño y desconcertante, donde la gente vestía ropa elegante y tenía duro el corazón. Siempre se sentía tímido y torpe allí, y quería ocultarse detrás de algo por miedo a que alguien se burlara de él. En aquel momento estaba demasiado triste para que le importase quién pudiera burlarse. Al fin pareció ver un rayo de esperanza: llegaba su

hermana. Se levantó y corrió hacia ella con sus pesados zapatos.

Su hermana era una chica alta y fuerte, y caminaba con paso rápido y resuelto, como si supiera exactamente adónde iba y lo que tenía que hacer después. Llevaba un largo tabardo de hombre (no como si fuera una desgracia, sino como una prenda muy cómoda que le perteneciera, la llevaba como un joven soldado), y una gorra redonda de felpa atada al cuello con un grueso velo. Tenía un rostro serio y reflexivo, y sus ojos claros, de un azul intenso, fijaban la mirada en la distancia sin dar la impresión de ver nada, como perdida en sus pensamientos. No se fijó en su hermano hasta que él le tiró del tabardo. Entonces se detuvo inmediatamente y se agachó para secarle las lágrimas.

—¡Pero, Emil! Te había dicho que te quedaras en la tienda y que no salieras. ¿Qué te pasa?

—¡Mi gatita, hermana, mi gatita! Un hombre la ha echado y un perro la ha perseguido hasta que se ha subido ahí. —El dedo índice, asomando por la manga del abrigo, señaló a la pequeña y miserable criatura encaramada al poste.

—¡Oh, Emil! ¿No te había dicho que nos daría algún disgusto si la traías contigo? ¿Por qué me has insistido tanto? Claro que yo no debería haberte dejado. —Se acercó al poste y extendió los brazos, gritando—: Gatita, gatita, gatita —pero la gatita se limitó a maullar y a menear la cola débilmente. Alexandra se dio la vuelta con aire decidido—. No, no va a bajar. Alguien tendrá que subir a buscarla. He visto el carro de los Linstrum en el pueblo. Iré a ver si encuentro a Carl. Quizá él pueda hacer algo. Pero tú deja de llorar o no daré un solo paso. ¿Dónde tienes la bufanda? ¿Te la has dejado en la tienda? No importa. Quédate quieto, que te voy a poner esto.

Se desató el velo marrón de la cabeza y lo ató alrededor de la garganta de su hermano. Un hombre menudo y rechoncho que salía en aquel mismo momento de la tienda de camino a la cantina se detuvo y miró embobado la relu-

ciente masa de cabellos que Alexandra había puesto al descubierto al quitarse el velo: dos gruesas trenzas sujetas en torno a la cabeza al estilo alemán, con un flequillo de rizos de color amarillo rojizo que escapaban a la gorra. El hombre se quitó el cigarro de la boca y sostuvo la punta húmeda entre los dedos enfundados en guantes de lana.

—¡Dios mío, muchacha, qué cabellera! —exclamó de un modo del todo inocente y pueril. Ella lo fulminó con una mirada de fiera amazona y contrajo el labio inferior: severidad absolutamente innecesaria. El pequeño viajante de paños sufrió tal sobresalto que dejó caer el cigarro a la acera y se alejó con paso inseguro hacia la cantina y contra el viento. Su pulso seguía vacilando cuando cogió el vaso que le daba el barman. No era la primera vez que aplastaban sus débiles instintos de seducción, pero jamás lo habían hecho de manera tan despiadada. Se sentía degradado y maltratado, como si alguien se hubiera aprovechado de él. Cuando un viajante anda recorriendo pueblos pequeños y monótonos y se arrastra por aquel ventoso país en sucios vagones de fumadores, ¿puede culpársele de algo si, al tropezar casualmente con una hermosa criatura humana, desea de repente ser más hombre de lo que es?

Mientras el pequeño viajante bebía para darse ánimos, Alexandra iba corriendo a la botica^[1] como el lugar más probable para encontrar a Carl Linstrum. Allí estaba, hojeando una carpeta de «estudios» en cromo que el boticario vendía a las mujeres de Hanover que pintaban porcelanas. Alexandra le explicó su apurada situación y el chico la siguió hasta la esquina donde Emil estaba sentado junto al poste.

—Tendré que subir a buscarla, Alexandra. Creo que en la estación podrán dejarme unas suelas de clavos para atármelas a los pies. Espera un momento. —Carl se metió las manos en los bolsillos, bajó la cabeza y corrió calle arriba en contra del viento del norte. Era un chico alto, de quince años, delgado y de pecho flaco. Cuando volvió con las sue-

las de clavos, Alexandra le preguntó qué había hecho con su abrigo.

—Me lo he dejado en la botica. De todas formas no podía trepar con él puesto. Cógeme si me caigo, Emil —dijo, al iniciar la ascensión. Alexandra lo observó con inquietud; el frío era ya intenso a ras de suelo. La gatita no quería moverse ni un centímetro. Carl tuvo que trepar hasta lo más alto del poste, y luego le costó un poco que la gatita se soltara. Cuando llegó al suelo, entregó el gato a su lloroso dueño—. Ahora métete en la tienda con ella, Emil, y calentaos. —Abrió la puerta para que entrara el niño—. Espera un momento, Alexandra. ¿Por qué no llevo yo el carro, al menos hasta mi casa? Cada vez hace más frío. ¿Has visto al médico?

—Sí, vendrá a casa mañana. Pero dice que padre no mejorará, que no se pondrá bien. —A la chica le temblaba el labio. Miraba fijamente la calle desolada como si se armara de valor para enfrentarse con algo, como si pusiera todo su empeño en comprender una situación que, por dolorosa que fuera, debía afrontarse y resolverse de alguna manera. El viento azotaba los faldones de su grueso abrigo.

Carl no dijo nada, pero ella notó su comprensión. También él se sentía solo. Era un chico delgado, frágil, de negros ojos pensativos y movimientos pausados. Su fino rostro tenía una suave palidez, y su boca era demasiado delicada para un muchacho. Los labios apuntaban ya un rictus de amargura y escepticismo. Los dos amigos se quedaron un rato en la esquina barrida por el viento sin decir una palabra, como dos viajeros perdidos se detienen algunas veces y admiten su perplejidad en silencio. Cuando Carl se dio la vuelta, dijo:

—Me ocuparé de tus caballos.

Alexandra entró en la tienda para que le empaquetaran las compras en cajas de huevos y para calentarse un poco antes de emprender el largo y frío camino de regreso.

Cuando buscó a Emil, lo encontró sentado en un peldaño de la escalera que conducía al departamento de tejidos y alfombras. Estaba jugando con una niña bohemia, Marie Tovesky, que ataba su pañuelo alrededor de la cabeza de la gatita para que le hiciera de sombrero. Marie no era de la zona, había venido de Omaha con su madre para visitar a su tío, Joe Tovesky. Era una niña morena, con bucles castaños como los de una muñeca, la boca pequeña, de labios rojos y seductores, y redondos ojos marrones. Todo el mundo se fijaba en sus ojos; los iris marrones tenían destellos dorados que les daban el aspecto de pepitas de oro, o bien, bajo una luz tenue, de un mineral de Colorado conocido como ojo de tigre.

Las niñas de los alrededores llevaban vestidos que les llegaban hasta los zapatos, pero aquella niña de ciudad seguía el estilo «Kate Greenaway»^[2], y su rojo vestido de cachemira, fruncido desde el canesú, rozaba el suelo. Esto, unido al sombrero de ala ancha que le rodeaba la cara, le daba la apariencia de una extraña mujercita. Llevaba también un cuello de piel y no puso reparos cuando Emil lo tocó, lleno de admiración. Alexandra no tuvo valor para separarlo de una compañera de juegos tan bonita y los dejó juntos, haciendo rabiar a la gata, hasta que Joe Tovesky entró ruidosamente, cogió a su pequeña sobrina y se la sentó en el hombro para que todos la vieran. Él sólo tenía hijos varones y adoraba a aquella pequeña criatura. Sus amigos se juntaron alrededor de él para admirar y bromear con la niña, que se tomó sus bromas de muy buen talante. Todos estaban encantados con ella, pues raras veces veían a una niña tan bonita y bien educada. Le dijeron que tenía que elegir novio entre ellos, y todos se ofrecían, intentando sobornarla con caramelos, cochinillos y terneros pintados. Ella miró maliciosamente los rostros grandes, curtidos y bigotudos, que olían a licor y a tabaco, luego pasó su diminuto índice delicadamente por el mentón hirsuto de Joe y dijo:

—Éste es mi novio.

Los bohemios estallaron en carcajadas y el tío de Marie la abrazó tan fuerte que gritó:

—¡Por favor, tío Joe! Me haces daño.

Todos los amigos de Joe le dieron una bolsa de caramelos y ella los besó a todos, aunque no le gustaban mucho los caramelos que tenían en el campo. Tal vez por eso se acordó de Emil.

—Bájame, tío Joe —pidió—. Quiero darle unos caramelos a ese niño tan simpático que he conocido. —Se acercó a Emil caminando graciosamente seguida por sus ávidos admiradores, que formaron un nuevo círculo y tomaron el pelo al niño hasta que acabó escondiendo la cara entre las faldas de su hermana y ella tuvo que reñirlo por portarse como un bebé.

Los granjeros se disponían a regresar a casa. Las mujeres comprobaban las provisiones que habían comprado y se anudaban los grandes chales rojos a la cabeza. Los hombres compraban tabaco y caramelos con el dinero sobrante, se enseñaban unos a otros botas, guantes y camisas azules de franela, todo nuevo. Tres fornidos bohemios bebían alcohol puro coloreado con aceite de canela. Se decía que lo protegía a uno eficazmente contra el frío. Ellos se reclamaban los labios después de cada trago de la petaca. Con su locuacidad ahogaban los demás ruidos y en la tienda caldeada resonaba su vehemente lenguaje igual que apesataba a humo de pipa, paños de lana húmedos y queroseno.

Entró Carl con el abrigo puesto y una caja de madera con un asa de latón.

—Vamos —dijo—, ya he dado de comer y de beber a tus caballos y el carro está listo. —Salió con Emil y lo metió entre la paja del carro. El calor había adormilado al niño, pero seguía aferrado a su gatita.

—Has sido muy bueno por trepar tan alto para bajar a mi gatita, Carl. Cuando sea mayor, yo también treparé a coger las gatitas de los niños —murmuró, somnoliento. Antes

de que los caballos hubieran dejado atrás la primera colina, Emil y su gata estaban profundamente dormidos.

Aunque sólo eran las cuatro de la tarde, oscurecía rápidamente en aquel día invernal. La carretera se dirigía hacia el sudoeste, hacia la franja de luz pálida y deslavazada que brillaba en el cielo plomizo. La luz iluminaba los dos rostros jóvenes y tristes, mudos, vueltos hacia ella: iluminaba los ojos de la chica, que parecía contemplar el futuro con angustiada perplejidad; y los ojos apagados del chico, que parecían mirar ya hacia el pasado. La pequeña ciudad se había desvanecido a sus espaldas como si nunca hubiera existido, se había hundido tras la ondulación de la pradera, y el duro paisaje helado los recibía en su seno. Las granjas eran pocas y muy separadas; aquí y allá, la desolada silueta de un molino recortada en el cielo; una casa de adobe acurrucada en una depresión del terreno. Pero el gran acontecimiento era la tierra en sí, que parecía anegar los pequeños y esforzados indicios de sociedad humana en sus sombrías extensiones. Enfrentándose con aquella inmensa dureza se había vuelto tan amarga la boca del muchacho; porque sentía que los hombres eran demasiado débiles para dejar su huella allí, que la tierra quería que la dejaran tranquila, quería conservar su implacable fortaleza, su belleza de una índole salvaje y peculiar, su melancolía sin interrupciones.

El carro avanzaba por la carretera helada dando sacudidas. Los dos amigos tenían menos que decirse que de costumbre, como si el frío hubiera conseguido traspasarles el corazón.

—¿Han ido hoy Oscar y Lou a buscar leña al Blue^[3]? —preguntó Carl.

—Sí. Casi me arrepiento de haberles dejado ir, con el frío que está haciendo. Pero madre se inquieta cuando nos queda poca leña. —Se interrumpió y se llevó la mano a la frente para echarse el flequillo hacia atrás—. No sé qué va a ser de nosotros, Carl, si padre muere. No me atrevo ni a